

INFANCIAS LIBRES DE ETIQUETAS:

¿FANTASÍA O REALIDAD?

Tania Abigail Ifrain

Instituto de Formación Docente "Juan Amós Comenio"

Análisis Pedagógico de la Práctica Docente

4° A Magisterio

Docente: Nirian Carbajal

Maestra Directora: Rossana Montero

Diciembre 2021

Índice

Infancias libres de etiquetas: ¿fantasía o realidad?	3
Una infancia olvidada	4
Discursos que dejan huellas	6
Infancias etiquetadas	8
¿Qué infancias ofrecemos a través de nuestra tarea docente?	11
Infancias que reclaman docentes protectores	13
Infancias libres	15
Reflexiones finales	18
Bibliografía	21
Webgrafía	22

Infancias libres de etiquetas: ¿fantasía o realidad?

El presente ensayo académico se enmarca dentro de la asignatura Análisis Pedagógico de la Práctica Docente de cuarto año, e implica el trabajo final de la carrera de Magisterio. Se pretende abordar el problema pedagógico que tiene sus bases en observaciones y experiencias vividas en la práctica escolar: *“Discursos educativos que dejan huellas: ¿Qué infancias ofrecemos a través de nuestra tarea docente?”*

Muchas veces los docentes se refieren “de” y “a” los estudiantes como “buen o mal estudiante”, “es el o la peor de la clase”, “es el o la mejor de la clase”, “no tiene ganas de aprender”, “¡No sé para qué venís a la escuela si no te entra nada! ¡Mejor no vengas!” Aunque sean palabras duras de leer, lamentablemente están en la práctica educativa, y lo más lamentable es que nuestros niños las escuchan y les quedan grabadas.

¿Son solo palabras? Aunque aparentemente sí, estas esconden juicios de valor con los que nos movemos por la vida, los hay positivos y negativos, enormes y pequeñísimos, pero, en definitiva, no son para nada inocentes. Con ellos se etiqueta, clasifica, encasilla, juzga y prejuzga a los estudiantes. Entonces, ¿qué infancias se ofrecen a través de la tarea docente?, ¿realmente se protege y cuida a los niños cuando se los etiqueta?

Este trabajo tiene el propósito de reflexionar en torno a prácticas que etiquetan y a estrategias que “rompan” con dichas prácticas; estrategias que favorezcan la protección y cuidado de las infancias. Además analizar, si frente a la situación de pandemia que atraviesa el país, han disminuido o se han reforzado las etiquetas y formas de encasillar a los estudiantes.

Como consecuencia, se pondrán en discusión diversas interrogantes, a saber, ¿qué se entiende por infancia y cómo se protege?, ¿qué es “dejar una huella en las infancias”?, ¿qué comprende el discurso educativo?, ¿qué prácticas incluyen discursos con una carga

clasificatoria o de encasillamiento?, y finalmente, ¿disminuyeron o se reforzaron las formas de etiquetar a los estudiantes durante la emergencia sanitaria? Para ello, se abordarán aspectos teóricos planteados por autores que respaldan este trabajo y se expondrán los aportes de docentes pertenecientes a la Escuela N° 177 de Vista Linda, institución en la que realicé la práctica educativa de cuarto año.

Palabras claves: Infancias - Cuidado de las Infancias - Huellas - Discursos Educativos.

Una infancia olvidada

Los seres humanos vivimos pensando en el futuro. Desde que somos niños decimos que queremos ser grandes porque así vemos la vida, así nos han inculcado, nos han hecho creer que es necesario llegar a ser adultos para ser “felices”. ¿Por qué? Porque si somos adultos pensamos que somos libres de hacer lo que nos guste, tener independencia económica, y de la otra... Pero en ese transcurso, llegamos al fin de nuestra vida y nos damos cuenta que nos olvidamos de vivir el presente y que en realidad ser adultos no necesariamente va de la mano con ser felices. Entonces, podríamos resumir la vida de un niño en estas palabras: crece, se convierte en hombre o mujer, trabaja, envejece y muere. ¿Y cuál fue la infancia?, ¿el período comprendido entre el nacimiento y la adultez?

La infancia ha tenido diferentes concepciones dependiendo del contexto cultural de la época, por ejemplo, se la ha asociado, y todavía se la asocia, a una etapa cronológica, a ese lapso de tiempo previo al que la persona es considerada un adulto, tiempo en el que los niños eran considerados un estorbo, un adulto pequeño, un ser primitivo, entre otros. Actualmente, a partir de la Convención Internacional de los Derechos del niño (1989), aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas, cambió la forma de ver a los niños y se los reconoce como seres humanos con un conjunto diferenciado de derechos. Además, en la

agencia de las Naciones Unidas dedicada a la protección de la infancia y adolescencia (UNICEF) la infancia es entendida como mucho más que el tiempo que transcurre antes de que la persona sea considerada un adulto; se refiere al estado y la condición de vida de un niño, a la calidad de esos años.

Si bien la actual concepción de infancia brinda ciertas seguridades, aún se sigue manteniendo que la infancia es hasta cuando se es adulto. Entonces, ¿la infancia es solo una etapa? Considero al igual que Carlos Skliar (2019) que lejos de ser una etapa a superar, la infancia debe durar todo el tiempo que sea posible, debemos alimentarla, cuidarla, atenderla para aislarla de un mundo que piensa de modo capitalista el mundo, el empleo; un mundo que lo ve todo desde la óptica del éxito, de la competencia, del logro. “Prefiero una infancia que permanezca en estado de infancia, una infancia que viva la experiencia única de ese tiempo humano aún liberado de la falsa idea de empleo.” (Skliar, 2019, p. 64).

Sin duda los docentes tenemos la oportunidad de convertir el aula en espacios de enseñanza, aprendizaje, juego y seguridad. Tenemos la oportunidad de proteger y luchar para que los estudiantes “permanezcan en la infancia”, pues, quien permanece en la infancia, permanece en otro tiempo a la vez que “el tiempo real pasa”.

... la infancia ha dejado de ser un momento, una etapa cronológica y se ha vuelto una condición de posibilidad de la existencia humana. (...) Cuando la infancia es compañera de la experiencia, lejos de ser una fase a ser superada, se vuelve una situación a ser establecida, atendida, alimentada, sin importar la edad de la experiencia. (Kohan, 2004, p. 273)

Pero, ¿cuál es el “tiempo de la infancia”? Tal como afirma Walter Kohan (2004), es un “tiempo presente” que se habita cuando se juega, se pregunta, se aprende y no ese tiempo

que los adultos llamamos “real”. Porque este es el tiempo de los plazos, el tiempo del calendario, en el que no existe presente, solo pasado y futuro; un tiempo en el que nos olvidamos de crear, jugar, imaginar.

En el tiempo de la infancia hay poco pasado y un futuro aún sin definirse, un futuro abierto. Es un tiempo presente en el que se está enteramente presente, en el que la vida es vivaz, movilizadora, curiosa, insatisfecha, esperanzada. Es un tiempo en el que se descubre y redescubre, se juega, crea, disfruta, se reinventa sin culpas, sin cargas y sin ira.

Pero este tiempo muere cuando nos olvidamos de soñar, crear, imaginar, preguntar; cuando “confinamos a los niños”, interrumpimos su lenguaje, “un lenguaje parecido al de algunos buenos poetas y buenos narradores” (Skliar, 2009, p. 67). Después pasamos años buscando, deseando el encuentro con lo perdido... intentando recuperar una infancia olvidada.

Discursos que dejan huellas

En nuestro rol como docentes somos partícipes de una infinidad de discursos que influyen en cada uno de los estudiantes. Tanto con acciones como con verbalizaciones dejamos huellas. Son acontecimientos exteriores a los estudiantes que no pasan frente a ellos, por el contrario, pasan en ellos, los atraviesan. Atraviesan los sentimientos, las palabras, las ideas, los proyectos, la sensibilidad y las intenciones de cada uno de los estudiantes. Y estos acontecimientos forman y transforman, tienen efectos en lo que ellos piensan, sienten, lo que quieren, lo que son... generan recuerdos en los estudiantes, porque son el lugar de la experiencia. Entonces, hacemos bien en reflexionar de qué discursos somos partícipes para saber qué huella estamos dejando en nuestros niños.

El término “discurso” ha sido objeto de diversos usos y conceptualizaciones a lo largo de la historia. Generalmente se lo asocia con aquello que decimos, con las palabras que empleamos tanto en forma oral como escrita. Pero no se lo debe entender únicamente como enunciados o palabras que se expresan, pues el discurso abarca mucho más. Está

comprendido por documentos, comunicaciones verbales, rutinas, jerarquías, emblemas, signos, gestos, movimientos. El discurso incluye tanto prácticas lingüísticas como extralingüísticas "... cuya significación - a veces evidente, a veces velada- es innegable. (...) alude a la significación de estos elementos, sin importar la naturaleza de su soporte material." (Buenfil, s.f. p. 6).

De esta manera, "... el discurso educativo no se limita a documentos y verbalizaciones relacionadas con las prácticas educativas, sino que las contempla junto con otros elementos que configuran lo educativo (actividades, rituales, distribución de espacios y de tiempo, etc.) ..." (Buenfil, s.f. p. 9). ¿Y qué intención esconden? Foucault afirma que se concibe el discurso "como una violencia que se ejerce sobre las cosas ..." (Foucault, trad. 1973, p. 53). Los discursos "más allá de su formulación, *son dichos*, permanecen dichos, y están todavía por decir." (Foucault, trad. 1973, p. 26). Y son muchos los discursos educativos que nos rodean: prácticas, símbolos, gestos, movimientos, diseños del edificio, uniforme, reglamentos, "... gestos, los comportamientos, las circunstancias ..." (Foucault, trad. 1973, p. 40).

Podríamos decir, que las "cosas", mencionadas en las palabras de Foucault (1973), son los estudiantes sobre los que se ejerce dicha violencia, y que quienes la ejercen somos los docentes. Cada vez que intentamos ordenar el aula, la postura "correcta" de cada estudiante, lo que tiene que decir y cómo, el tiempo que debe llevar cada actividad, cuando los evaluamos, entre otras, ¿no estamos ejerciendo control en ellos, vigilando, jerarquizando y en definitiva, etiquetando? Por lo tanto, hacemos bien en preguntarnos: con cada discurso que ejercemos sobre los estudiantes, ¿los estamos controlando, vigilando, clasificando y etiquetando? y ¿qué "huellas" queremos dejar en las infancias de nuestros niños?

Infancias etiquetadas

Quizás por inseguridad, por creernos superiores, porque nos parece “gracioso” o tal vez por desconocimiento, la verdad no se cuál o cuáles sean los motivos, pero la realidad es que nos movemos por la vida etiquetando a las personas que nos rodean, a las que ni siquiera conocemos y a nosotros mismos. Cuando etiquetamos frascos, es muy fácil poner dicha etiqueta, pero ¿qué pasa cuando queremos sacarla? Lavamos el frasco con agua caliente, hasta con alcohol, pero sacarla parece imposible. De igual forma, poner una etiqueta a una persona es fácil, pero sacarla... es muy difícil.

¿Qué es etiquetar? Etiquetar es hacer un juicio de valor sobre una persona, y muchas veces, sin conocerla. En ese acto, se clasifica, se determina si son “buenos o malos” según el criterio de la persona que etiqueta. Hay formas más notorias de clasificar, hay otras solapadas, sutiles, pero igual de dañinas. Se etiqueta tanto a adultos como a niños, y no importa el entorno socioeconómico del que se provenga, pero sí existe una realidad y es que las infancias de los niños que viven en zonas vulnerables, carenciadas, son más propensas a ser etiquetadas.

Desde nuestra formación docente convivimos con la carga de las etiquetas, continuamente nos clasificamos y clasifican, y estamos tan acostumbrados a ellas que cuando somos maestros de un grupo de estudiantes, ni siquiera nos damos cuenta de que somos partícipes de discursos que los etiquetan. Las etiquetas lastiman, bajan la confianza en sí mismo, desmotivan, provocan miedos y limitan el desarrollo de la persona, tanto a la hora de relacionarse como de percibirse a sí mismo, porque acaba atrapada en sus propias etiquetas, creyendo que es esa etiqueta que le han adjudicado, y finalmente, actuando en consecuencia.

Sin duda, un discurso educativo con mucha carga clasificatoria es la evaluación. Etimológicamente, esta palabra procede del latín *valere*, que significa la acción de tasar, valorar, justipreciar, en definitiva, atribuir cierto valor a una cosa. Tal como menciona

Perrenoud (2008), evaluar es crear jerarquías de excelencia y en función de ello se definirá el futuro de la persona evaluada, por ejemplo, ser seleccionado para ingresar en educación terciaria, o para determinado trabajo.

En el ámbito educativo, la evaluación cumple distintas funciones y objetivos. Y de evaluar, el docente no se puede escapar, pues, es parte del proceso didáctico, pero también tiene la potestad de tomar ciertas decisiones que tienen implicancias en el proceso educativo. Por ello, es necesario desarrollar un sentido de autocrítica y preguntarse: ¿cómo evaluó?, ¿qué evaluó?, ¿cómo puedo mejorar mis prácticas de evaluación a fin de no crear juicios de valor, jerarquías, clasificaciones, etiquetas?

En la escuela que realicé la práctica escolar este año, conocí a niños que conviven con estigmas propios de la sociedad, y cuando llegan a la escuela, lejos de ponerlos “entre paréntesis”, muchas veces los docentes les crean más etiquetas, continuando esta cadena sin fin. ¿De qué formas se etiqueta? A través de una conversación con la Maestra Directora, y una Maestra de Primer Ciclo, pertenecientes a esta escuela, puedo confirmar que son muchos los discursos educativos que etiquetan a los estudiantes; pueden ser desde aspectos positivos o negativos que encasillan a los niños.

Los estudiantes a veces vienen etiquetados por sus propias familias o heredan etiquetas que llevan sus familias en las instituciones. A veces tenemos niños que sus hermanos han pasado por la escuela y han tenido historias similares de fracasos, de mala conducta o dificultades y hay un prejuicio: este niño es de tal familia, entonces... (Maestra Directora, 2021)

Se etiqueta desde lo conductual y desde los aprendizajes. Todos etiquetamos, queriendo o no. Cuando hablamos con otra persona o las observaciones en Gurí

vienen con ese tinte negativo o se escribe solo cuando hay algo negativo. El maestro que lee esas observaciones está esperando que el estudiante se comporte de esa manera porque ya está esperando eso. Cuando decimos: este no logra o llegó a su techo. (Maestra de Primer Ciclo, 2021)

Como se puede observar las formas de etiquetar son muchas, algunas más evidentes que otras, por ejemplo, cuando el docente escribe una observación o las calificaciones en Gurí, cuando tiene una entrevista con las familias y describe a ese niño desde su punto de vista sin ser objetivo. Cuando realiza un informe pedagógico, cuando se eligen abanderados, en la forma en que se comunica con el niño o cómo lo trata, cada vez que se le dice a un niño que se quede quieto o que adopte la postura correcta para estar en clase... ¡Cómo si para aprender existiera una única forma válida! ¿Qué pasa con esos niños que necesitan moverse y no lo pueden evitar?, ¿se los aparta del grupo porque se considera que no van a aprender y que molestan?, ¿quién dice que ese niño no está escuchando y que puede participar de igual forma que los demás compañeros?

Etiquetar a los estudiantes no es un tema actual, lamentablemente es recurrente. Pero cuando en marzo del año 2020, una pandemia producida por el VIRUS SARS-CoV-2 originada en China a fines del año 2019, sacudía nuestro país afectando todos los ámbitos de la vida y, en donde la educación no fue la excepción, ¿qué pasó con las etiquetas y formas de etiquetar?, ¿disminuyeron o aumentaron?

Una vez más en los comentarios de las docentes que vivieron esta experiencia se puede observar que la cadena no se rompió. Cuando los niños no se conectaban, muchas veces pensábamos que no les interesaba o que no querían conectarse “y nos olvidamos que quizás no tiene conectividad, por más que el niño quiera a veces no puede porque la familia

no lo puede apoyar.” (Maestra de Primer Ciclo, 2021). ¿Y qué postura adopta en estos momentos el docente?, ¿se reforzaron algunas etiquetas más que otras?

Se reforzaron las etiquetas que tienen que ver con las familias. Por ejemplo: esta familia no se va a hacer cargo de ellos. Tiene que ver con las expectativas que se tiene y a veces con la falta de conocimiento de la realidad que vive ese niño, esa familia. (Maestra Directora, 2021)

A fin de año no había notas, solo un juicio descriptivo con las fortalezas, con lo que había logrado y a último momento llegó la orden de que se clasificara a los niños en nivel uno, dos o tres. Todo lo positivo, los avances, lo que habían logrado. El sistema mismo los continúa etiquetando. (Maestra de Primer Ciclo, 2021)

Aún hay un rayo de luz, un ápice de esperanza de que se puede liberar a los estudiantes de las etiquetas. Cuando se reintegró a clases la mitad del grupo “... permitió que los docentes tuvieran un acercamiento más estrecho con cada estudiante y que los pudieran conocer mejor. (...) poder focalizar en su proceso de enseñanza-aprendizaje y darnos otras oportunidades.” (Maestra Directora, 2021). El conocer y acercarse más a cada estudiante hace posible que se minimicen las etiquetas.

¿Qué infancias ofrecemos a través de nuestra tarea docente?

Los docentes ocupamos un lugar muy importante en el entramado educativo y a través de una infinidad de discursos -a saber: documentos, comunicaciones verbales, rutinas, signos, gestos, movimientos, entre otros-, podemos continuar con las prácticas que etiquetan o

podemos romper con ellas. Tenemos y debemos reflexionar continuamente en qué infancias queremos ofrecer a través de nuestra tarea docente.

Cada docente tiene la posibilidad de crear las condiciones para que se habite el tiempo del presente, el tiempo libre en el que se es libre para pensar, amar, jugar, preguntar; un tiempo libre para estar al servicio del estudio y la práctica. Cada uno de los docentes tiene la oportunidad de liberar a los estudiantes de la presión del futuro y ponerlos “entre paréntesis de otras cosas”. “Entre paréntesis de la aceleración propia del día a día, de la sociedad de consumo, (...) del pasado (...) y del futuro (...) y, por lo tanto, que se desconecten temporalmente de sus efectos.” (Masschelein y Simons, 2014, p. 16).

Tenemos la oportunidad de “... poner en contacto a los estudiantes con la materia y (...) perder la noción del tiempo; (...) apartarlos del tiempo ordinario y llevarlos a un punto en el presente donde se solicita su atención –a una presencia en el presente (...)” (Masschelein y Simons, 2014, p. 36). Una atención vinculada, según Masschelein y Simons, al interés; una atención que posibilita acercar el mundo al estudiante para apropiarse de él, mediante el estudio y la práctica, independientemente de su utilizabilidad. Protegemos las infancias cuando abrimos el mundo a los estudiantes, un abrir que “... tiene que ver con el momento mágico en que algo exterior a nosotros nos hace pensar, nos invita a pensar o nos induce a rascarnos la cabeza.” (Masschelein y Simons, 2014, p. 23).

Como consecuencia del acto de educar “marcamos” o dejamos “las primera huellas” en los niños. Tanto las palabras como nuestras acciones quedan grabadas en ellos, para bien o para mal. Son huellas que quedarán registradas en cada uno de los estudiantes, que dejan marcas, que forman y transforman. Cada vez que un docente le dice a un niño “sos el peor de la clase” o “sos el mejor de la clase”, ¿qué huellas está dejando? O cuando llega un niño al grupo y se leen previamente las observaciones que otros docentes han escrito, ¿no se formó ya un prejuicio de ese niño?, ¿no se lo está prejuzgando y etiquetando? Sin duda, son

etiquetas cargadas de prejuicios con las que clasificamos a los niños, y los clasificamos como si fueran objetos sin ningún valor, como si no importaran sus sentimientos.

Por lo tanto, si las huellas que dejamos en los educandos son esos discursos educativos que etiquetan, cargados de prejuicios, ¿qué infancia tendrán nuestros niños? Además, todos los niños, y más aún aquellos que viven en situaciones de vulnerabilidad, conviven con los estigmas, las etiquetas que la sociedad misma realiza, entonces, ¿qué postura docente adoptar?, ¿reforzar estas etiquetas o esforzarse por “romper” con ellas?

Infancias que reclaman docentes protectores

Los docentes podemos hacer, y mucho, para romper con las etiquetas que rodean a nuestros niños, para propiciar que habiten el tiempo presente, el tiempo libre, y ser docentes protectores de las infancias. Pero protectores y no carceleros como quien protege una prisión para que los que allí habitan no se escapen. Protectores en el sentido de favorecer que las infancias sean libres de clasificaciones, etiquetas, estigmas; poner entre paréntesis a los niños de las presiones del día a día, y, al contrario que un carcelero, velar para que sean libres... libres de expresarse, de preguntar, de investigar, de jugar, crear e imaginar.

El primer paso, sin lugar a dudas, es dejar de asociar a la infancia con un rango etario, hablamos entonces de infancias, en plural, dando cuenta así de la diversidad. No solo diversidad cultural, sino también a la inequidad existente, porque, tristemente, hay infancias que no se viven como tal. No existe una única infancia, sino que las hay así como tantos niños y niñas.

Los docentes debemos “buscar otros espacios, más el afuera” porque “permite quebrar esas etiquetas” (Maestra Directora, 2021). Es imprescindible reconocer la multidimensionalidad del ser humano, es decir, que el ser humano es físico, biológico,

psíquico, cultural, social e histórico. De lo contrario, "la complejidad humana se vuelve así invisible y el hombre se desvanece como una huella en la arena." (Morín, 2007, p. 48).

En la práctica hemos de reflexionar constantemente en nuestra labor docente, ¿qué infancias ofrecemos a través de nuestra tarea docente?, ¿qué "huellas" queremos dejar en los estudiantes? Debemos modificar, re-planificar las actividades y

Propuestas diversas, pensadas desde la singularidad de cada estudiante. Que pueda decir sin ser dejado en evidencia lo que resulta un obstáculo. El docente se tiene que aceptar primero. Descubrir las fortalezas de cada estudiante. Poner en cada grupo lo valioso que tiene cada persona. (Maestra Directora, 2021)

Además, hoy más que nunca, es imprescindible que los docentes tengamos esperanza y enseñemos para la esperanza. Porque la esperanza es una necesidad humana, una actitud, que lejos de ser pasiva o de espera, implica movilidad; nos "mueve" a tener metas, a luchar por algo y no quedarnos paralizados.

La esperanza es una necesidad ontológica; la desesperanza es esperanza que, perdiendo su dirección, se convierte en distorsión de la necesidad ontológica. Como programa, la desesperanza nos inmoviliza y nos hace sucumbir al fatalismo en que no es posible reunir las fuerzas indispensables para el embate recreador del mundo. (...) Mi esperanza es necesaria pero no es suficiente. Ella sola no gana la lucha, pero sin ella la lucha flaquea y titubea. (Freire, trad. 2002, p. 24)

Porque sin esperanza, la labor docente, ¿qué es?, ¿un trabajo nada más?, ¿cómo luchamos contra las injusticias?, ¿cómo protegemos las infancias? Sin esperanza, “la desesperanza nos inmoviliza”. (Freire, trad. 2002, p. 24).

Necesitamos esperanza para luchar por nuestros niños, por nuestras infancias, para que, a pesar de que pase el tiempo cronológico, el tiempo de la infancia no pase, para que no muera la creatividad. Los niños son creativos de forma innata, nacen siendo artistas, pero, ¿crecen siéndolo?, ¿qué pasa con la creatividad? Si los docentes estigmatizamos el error, enseñamos a tener miedo a equivocarse, ¿no estamos matando la creatividad?, ¿estamos realmente luchando para proteger las infancias y para que dure todo el tiempo posible?

En definitiva, para proteger las infancias se necesitan docentes con esperanza, porque es ella la que nos activa, nos moviliza, nos permite luchar y avanzar. “Esperanza que no se manifiesta, sin embargo, en el gesto pasivo de quien cruza los brazos y espera. Me muevo en la esperanza en cuanto lucho y, si lucho con esperanza, espero.” (Freire, trad. 2005, p. 111).

Infancias libres

Y sigo escribiendo, ya casi finalizando, para volver una vez más al título de este ensayo: *Infancias libres de etiquetas: ¿fantasía o realidad?*, y es que como docentes que amamos la profesión que elegimos, que amamos a nuestros niños, nos preocupa y ocupa profundamente que las infancias ¡sean libres! Libres de una sociedad de consumo que piensa el mundo en forma capitalista, de una sociedad que etiqueta, clasifica, jerarquiza, estigmatiza. Libres de una sociedad que nos tiene absortos en el día a día, que nos lleva a vivir cansados como “camellos”, cargando culpas, tradiciones heredadas, angustias, miedos, imposiciones; sosteniéndolas con sacrificio, tal vez por resignación, por hábitos o por querer evitar conflictos, pero viviendo... sin existir en nosotros mismos.

Para que las infancias sean libres, somos los docentes quienes debemos liberarnos primero. Transformar el espíritu de “camello”, tal como dijo Nietzsche (2005), en “león”, y este hecho se puede considerar en dos sentidos. En primer lugar, puede implicar, aunque no debe, ser un docente autoritario, que establece jerarquías, un docente que considera a los estudiantes como “una cuenta bancaria”, como el lugar en el que depositar conocimiento para que ellos memoricen y acumulen, y luego repitan sin tener la libertad de cuestionar, investigar, pensar diferente. Pero, por otro lado, “ser león” puede y debe implicar soltar las cargas, revelarse, “rugir”; porque ese es el impulso que nos moverá a luchar contra tanta injusticia, a no paralizarnos, a “subir ese nuevo escalón en la escalera”, a proteger las infancias.

Por ello, esta transformación no basta, hace falta una tercera transformación para ser libres y esta es, precisamente, en “niño”. ¿Por qué? Porque de esta forma se vuelve a sentir, a descubrir, a jugar, divertirse, disfrutar; el niño, se levanta cada día sorprendiéndose, reinventándose, sin cargas, sin culpas y sin ira. “El niño es inocente y olvida; es una primavera y un juego, una rueda que gira sobre sí misma, un primer movimiento...” (Nietzsche, trad. 2005, p. 54).

Por lo tanto, para ser docentes que protejan y liberen las infancias, debemos permanecer en la infancia, buscar ser todos los niños que fuimos y los que no pudimos ser, pues, de esta forma podremos hacer que nuestros niños también permanezcan en la infancia. Porque la infancia no tiene que ver con una cantidad de tiempo vivido, sino con la forma de relacionarse con él, de jugar en el tiempo, todo ello, sin importar la edad. Es estar abiertos al mundo, a preguntas, es mirar el futuro con ojos abiertos, es estar por completo presentes en el presente. La infancia abre la vida a la posibilidad de que todo pueda ser.

Asimismo, para que las infancias sean libres se precisan docentes que reflexionen críticamente sus prácticas, que renuncien a fabricar o modelar un sujeto que satisfaga sus

intereses o los de un sistema capitalista. Por el contrario, enseñar desde el postulado de la educabilidad, planteado por Paturet (1996), habilita el encuentro entre el sujeto educable y el sujeto ético. Educabilidad es hallar una “naturaleza” inacabada e incompleta que impide toda posibilidad de adiestramiento y abre la posibilidad a la educación; es reconocer la potencia de ser del hombre, una capacidad humana de renovación permanente. En cambio, hay discursos que van en contra del reconocimiento de la potencialidad humana, pues reducen al ser a sus predicados.

Para proteger y lograr que las infancias sean libres se necesitan docentes que reconozcan y comprendan que enseñar no es transferir conocimiento, que quien enseña aprende al enseñar y que quien aprende enseña al aprender, porque “... quien forma se forma y reforma al formar, y quien es formado se forma y forma al formar.” (Freire, trad. 2008. p. 25). Es imprescindible que los docentes reconozcan y comprendan que enseñar exige respeto por la autonomía de los estudiantes, no menospreciando su curiosidad, inquietud, lenguaje. Enseñar exige saber escuchar, con una actitud abierta, disponibilidad para el diálogo, siendo humildes, tolerantes y respetando las diferencias. Enseñar es alegría y esperanza que se transmite y fomenta en los estudiantes. Enseñar es... querer bien a los estudiantes.

Reflexiones finales

He sido maestra practicante de varias clases, varios grupos con sus propias particularidades, integrados por personas, personas especiales que han dejado huellas en mí. Recuerdo a todos y cada uno de los estudiantes, los más activos, denominados “fatales”, los tímidos, los inquietos, los conversadores “inventores de historias” y podría seguir enumerando, pero, ¿no son estos más adjetivos cargados de valor? ¡Mucho valor! Entonces, hago la suma, paso raya, ¿y qué obtengo? Que, aunque inconscientemente, también estoy cargada de estos discursos que etiquetan y encasillan a los estudiantes.

A lo largo de la carrera profesional conocí docentes que dejaron una huella profunda en mí, que su pasaje por mi vida ha atravesado, formado y transformado mi forma de pensar, de sentir, de ser. Pero también he convivido con diversas etiquetas, algunas propias y otras ajenas, algunas positivas y otras negativas, pero que en definitiva clasifican y estigmatizan. Por ello, este problema me trajo hasta aquí, porque estoy a un paso de dejar el rol de estudiante magisterial para asumir el rol de maestra y no quiero continuar con esa cadena de etiquetas que parece no tener fin. Por el contrario, quiero ser como esos docentes que con sus huellas me hicieron dudar, investigar, crecer, amar la docencia.

Mientras escribo estas últimas palabras recuerdo el primer año de la carrera, en los días que la pregunta ¿por qué querés ser maestra?, era muy recurrente. Era muy común responder: *“Porque me gustan los niños”* o *“Porque me gusta enseñar”*, y en realidad no tenía idea de qué era enseñar y mucho menos que con que “te gusten los niños” no basta. Hoy en día puedo decir que quiero ser maestra porque estoy convencida de que el docente puede hacer la diferencia, que puede transformar la vida de un niño, que puede proteger las infancias, que sí, es posible enseñar con y para la alegría, esperanza y amor.

Estoy convencida de que los docentes necesitamos querer a nuestros estudiantes, porque no es cierto que seré “mejor docente” cuanto más severa, fría o distante sea con los

estudiantes. Claro está que tampoco se puede permitir que el afecto, cariño que se tenga por ellos, interfiera en el cumplimiento ético de nuestra labor docente. Pero sin olvidarse que la práctica educativa es mucho más que transferir conocimiento; la práctica docente es afectividad, alegría, es respetar la autonomía de los estudiantes, escucharlos, ser tolerantes, humildes, alimentar la curiosidad, estar abiertos a preguntas, abriles el mundo, no apagar su creatividad.

Considero firmemente que los docentes podemos proteger las infancias para que, lejos de ser fantasía, sea una realidad que estén libres de etiquetas; que la infancia dure todo el tiempo que sea posible. Tenemos que luchar para que nuestros niños permanezcan en la infancia, permanezcan en un tiempo libre, un tiempo en el que se es libre de la carga de que todo debe tener una finalidad, un propósito, un objeto, un producto. Un tiempo en el que se es libre para amar, jugar, preguntar, aprender, equivocarse, y en el que la infancia no entra en el infortunio de un mundo que ve todo desde la óptica del éxito, del logro, del suceso.

Los tiempos de crisis, como la pandemia que atraviesa nuestro país, muchas veces paralizan y dejan en el mismo lugar. Pero otras, nos hacen reflexionar, cuestionar, querer cambiar, recomenzar y crecer. En este tiempo, hacemos bien en reflexionar en esos discursos que son parte del ámbito educativo, y que a veces pasamos por alto, discursos que ejercen violencia en los estudiantes, que marcan y dejan huellas.

Si bien hay muchos discursos que escapan de nuestras manos, como por ejemplo las evaluaciones, los informes pedagógicos y la elección de abanderados, hay otros que no. Y es ahí donde los docentes podemos actuar y preguntarnos una y otra vez, qué huellas estamos dejando en nuestros estudiantes y si estamos protegiendo las infancias. Si no se puede dejar de evaluar, ¿qué estamos evaluando?, ¿podemos mejorar la práctica evaluativa a fin de que sea menos clasificatoria? Y cuando escribimos un informe pedagógico o las observaciones en

Gurí, ¿escribimos de forma objetiva interesándonos por el bienestar del estudiante?, ¿o juzgando, clasificando y etiquetándolos?

Son muchos los aspectos que podemos mejorar a fin de proteger las infancias, tal como se expresa en este ensayo, y por ello, es vital cuestionarnos, reflexionar y actuar. Es imprescindible que luchemos para que nuestros niños permanezcan en el tiempo de la infancia, para que no muera su creatividad, imaginación, alegría, y, que sean libres para amar, jugar, preguntar, inventar y reinventar, libres de equivocarse sin estigmas que los rodeen. Debemos estar dispuestos a modificar nuestras prácticas a fin de proteger las infancias, de romper con las clasificaciones y para que, lejos de ser fantasía, sea realidad que las infancias estén libres de etiquetas.

Quizás quien lea estas palabras me piense un poco fantasiosa o idealista, y tal vez sea verdad. Pero si los docentes no creemos, no estamos convencidos que el cambio es posible, si no amamos nuestra profesión y la ejercemos con amor, si no tenemos esperanza, ¿qué nos queda?, ¿qué será de nuestros niños sin docentes que los quieran y se interesen por ellos? Sin duda, no podemos abarcar todos los ámbitos de la vida de los estudiantes, pero estoy convencida que poniendo de nuestra parte, esforzándonos por alejar poco a poco las etiquetas hasta eliminarlas por completo, esforzándonos por crear las condiciones para que se habite el tiempo libre y para que se permanezca en la infancia, entonces, el cambio sí es posible.

Bibliografía

- Arbío, E. (2020). *Las marcas de las etiquetas en el ámbito educativo*. Biblioteca del Instituto de Formación Docente "Juan Amós Comenio". Canelones, Uruguay
- Freire, P. (2008). *Pedagogía de la autonomía. Saberes necesarios para la práctica educativa*. (Trad. G. Palacios). Siglo XXI Editores, S.A. México
- Morín, E. (2007). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Editorial Nueva Visión. Buenos Aires, Argentina.
- Nietzsche, F. (2005). *Así hablaba Zaratustra* (Trad. C. Vergara). Editorial EDAF S.A. Madrid, España.
- Paturet, B. *Sujeto ético, sujeto de la educación: una aporía*. Jornada del 1 de diciembre de 1996. Docente de la Unidad de Formación e Investigación. Profesor del Departamento de Ciencias de la Educación Universidad Paul Valery. Montpellier III.
- Perrenoud, P. (2008). *La evaluación de los alumnos. De la producción de la excelencia a la regulación de los aprendizajes. Entre dos lógicas*. Editorial Colihue. Buenos Aires, Argentina.
- Skliar, C. (2019). *Pedagogías de las diferencias*. Editorial Noveduc Libros. Buenos Aires, Argentina.
- Skliar, C. (2011). *Lo dicho, lo escrito, lo ignorado. Ensayos mínimos entre educación filosofía y literatura*. Miño y Dávila S.R.L. Buenos Aires, Argentina.

Webgrafía

A.N.E.P, C.E.I.P (2013): *Programa de Educación Inicial y Primaria. Año 2008*. Montevideo, Uruguay. Recuperado de:

http://ceip.edu.uy/documentos/normativa/programaescolar/ProgramaEscolar_14-6.pdf

Buenfil, R. (s.f.). *Análisis de Discurso y Educación*. (Documento DIE 26). Departamento de Investigaciones Educativas Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional.

<http://servicios.abc.gov.ar/lainstitucion/univpedagogica/especializaciones/seminario/materialesparadescargar/seminario4/bunfilburgosdiscursoyeducacin.pdf>

Educar es todo. (2020). *Una educación sin etiquetas, por Alberto Soler*. (Archivo de video).

Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=LIMtDQBDDCM>

Foucault, M. (1973). *El orden del discurso*. (Trad. A. Gonzales Trovano) . Tusquets Editores S.A. (Trabajo original publicado en 1970).

https://monoskop.org/images/5/5d/Foucault_Michel_El_orden_del_discurso_2005.pdf

Freire, P. (2002). *Pedagogía de la esperanza. Un reencuentro con la Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores, S.A. (Primera edición en portugués 1992). Buenos Aires, Argentina.

<https://redclade.org/wp-content/uploads/Pedagog%C3%ADa-de-la-Esperanza.pdf>

Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido*. (Trad. Jorge Mellado). Siglo XXI Editores, S.A. (Primera edición en 1970). Buenos Aires, Argentina.

<https://fhcv.files.wordpress.com/2014/01/freire-pedagogia-del-oprimido.pdf>

Kohan, W. (2004). *Infancia. Entre Educación y Filosofía*. Editorial LAERTES. (Archivo PDF).

file:///C:/Users/User/Downloads/docdownloader.com-pdf-infancia-entre-educacion-y-filosofia-dd_7b6e766cd42fa266ecf476bdcc61ceb1.pdf

Kohan, W. (2020). *Paulo Freire más que nunca. Una biografía filosófica*. CLACSO. Buenos Aires,

Argentina.

<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20200306042539/Paulo-Freire-mas-que-nunca.pdf>

La Pedagogía que vendrá. (2020). *Infancia, tiempo y escuela*. (Archivo de video). Youtube.

<https://www.youtube.com/watch?v=xHh-6FdcL-c>

La Pedagogía que vendrá. (30/6/2020). *La escuela como horizonte de posibilidad por Carina Kaplan*. Facebook.

<https://www.facebook.com/2006558879593008/videos/356599351984893/>

Masschelein, J. y Simons, M. (2014) *Defensa de la escuela. Una cuestión pública*. Miño & Dávila. Buenos Aires,

Argentina.

<https://isfd133-bue.infed.edu.ar/sitio/wp-content/uploads/2020/03/Masschelein-Simons-En-defensa-de-la-escuela.pdf>

Naciones Unidas para la Infancia. (visto 28/ 10/ 2021). <https://www.un.org/es/>

Portal @prender - Entre Ríos. (2010). *Mirar la infancia por lo que es*. (Archivo de video).

Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=JTt5OsOqJUc>

Sánchez, C. (08 de febrero de 2019). *Normas APA – 7ma (séptima) edición*. Normas APA (7ma edición). <https://normas-apa.org/>

Skliar, C. y Larrosa, J. (2009). *Experiencia y alteridad en educación*. Homo Sapiens Ediciones. Argentina

<file:///C:/Users/User/Downloads/SKLIAR-Carlos-y-LARROSA-Jorge-EXPERIENCIA-Y-ALTERIDAD-EN-EDUCACION.pdf>

Ted. (2007). *Las escuelas matan la creatividad* por Ken Robinson. (Archivo de video).

Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=iG9CE55wbtY>